

Notas sobre la actual idea de nación en Argentina

Luis Alejandro Rossi

Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

El proceso por el cual se fue conformando una idea de nación en Argentina no se diferencia demasiado de los ocurridos en Brasil o México. Muy probablemente, las mismas fechas de inicio, los mismos puntos de inflexión y los mismos problemas a resolver para poder llegar a ser una nación aparecerían a lo largo de los tres relatos. Sin embargo, si nos concentramos en la idea de nación existente hoy en Argentina, encontraremos un fenómeno particular que a nuestro entender no ocurre en los otros dos países latinoamericanos. Nos referimos a una idea que se ha vuelto sentido común desde hace unas décadas, y es la de que la historia argentina es una *historia falsificada*¹. La comprensión de este ideologema requiere algunas breves referencias históricas acerca de las etapas del nacionalismo argentino.

Uno de los méritos de la investigación historiográfica de los últimos quince años fue el poner de manifiesto la existencia de un primer nacionalismo liberal². La visión predominante hasta fines de la década del '70 presuponía la existencia de un único nacionalismo en Argentina, que había tenido un carácter fuertemente católico y ligado a algunos sectores (no mayoritarios, pero en algún momento importantes) de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia católica, y que alcanzó un papel políticamente activo a partir de la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen (1928-1930), participando de manera muy ostensible en el golpe de 1930.

Sin embargo, el primer nacionalismo argentino fue de matriz indudablemente liberal y toma forma en el período que va desde 1890 a 1910. Pueden señalarse como hitos significativos en este proceso la crisis económica y política de 1890 en Argentina, el impacto cultural provocado en toda Latinoamérica por la guerra entre España y Estados Unidos en 1898, y la celebración del centenario de la independencia argentina en 1910. Hacemos hincapié en el carácter liberal de este

1. Tal era el nombre de la colección de ensayos publicada en 1939 por Ernesto Palacio, miembro de la primera generación de historiadores revisionistas.

2. Con respecto a este tema, las investigaciones de O. Terán ocupan un lugar destacado, y este artículo es deudor de sus enfoques. Cfr. O. Terán, 1986 a y b, y 1987.

primer nacionalismo para poder comprender mejor el contraste con el nacionalismo posterior a 1930, cuya nota saliente será su antiliberalismo militante.

El nacionalismo anterior a la época de entreguerras expresaba ciertos reparos frente al curso del proceso económico y social en Argentina, pero no cuestionaba de raíz ni el diagnóstico acerca de la necesidad de integración al mercado mundial como productor de materias primas (diagnóstico que estaba en la base de las acciones de gobierno desde 1860 hasta los años '20 de este siglo), ni se proponía *revisar* (este verbo se convertirá en el emblema de la actitud del nacionalismo posterior a 1930)³ la explicación histórica del proceso de conformación del Estado argentino a partir de 1852.

Al señalar el carácter liberal de este primer nacionalismo, queremos poner de relieve con ello que bajo la reivindicación nacionalista podían encontrarse figuras bastante diversas del campo intelectual argentino de principios de siglo. Una de estas figuras es Manuel Gálvez, escritor de raíz católica, que se orientará posteriormente hacia posiciones integristas tanto en lo político como en lo religioso, incluyendo el paso por el peronismo. Otra es Ricardo Rojas, autor del célebre libro *La Restauración nacionalista*, publicado en 1909, en el que criticaba el sistema escolar básico censurando la actitud pasiva del Estado frente a las escuelas de comunidades extranjeras –especialmente la italiana–, donde se educaba de acuerdo con el idioma de origen y no en castellano. A diferencia de Gálvez –cuya impugnación del rumbo que está tomando la Argentina hacia la década del '10 está ya enmarcada por un catolicismo militante, aunque todavía no integrista–, Rojas mantiene su planteo dentro de los límites del laicismo defendido por el Estado argentino.

Una tercera figura de ese momento, a la que no se acostumbra llamar nacionalista pero a la que un rápido examen de sus escritos posteriores a 1910 proporcionaría la convicción contraria, es José Ingenieros. Provenía de la militancia política de izquierda, pero abandonó el Partido Socialista hacia 1902. No obstante, siempre se consideró un escritor de izquierda, y durante la década del '20 llevará adelante diversas empresas políticas. La más importante de ellas es la Unión Latinoamericana, en la que aparece esta mezcla todavía incipiente de nacionalismo e ideología de izquierda, que ya en esa década era motorizada en Perú, de modo más claro y decidido, por Haya de la Torre y el APRA, aunque con una inflexión populista ausente por completo en Ingenieros.

3. No debe confundirse este revisionismo historiográfico argentino con el revisionismo contemporáneo acerca de la naturaleza criminal del Estado nazi. Se pueden señalar coincidencias entre ambos revisionismos, especialmente el hecho de ser ambos expresión de grupos políticos de extrema derecha.

En sus escritos se ven rápidamente las limitaciones a que la incipiente combinación se ve sometida. El estallido de la Primera Guerra Mundial fue catalogado por Ingenieros como “el suicidio de los bárbaros”, y en su opinión la cultura “feudal” europea ya no tenía nada que ofrecer a los latinoamericanos. Sin embargo, a ese rechazo tan enérgico de la cultura europea sigue la exaltación de “las fuerzas del trabajo y de la cultura” como los medios para construir una cultura nueva en lugar de la ya caduca. Es decir, Ingenieros no puede salir –y por eso nos detuvimos en él– de los límites que le impone su convicción liberal sobre la nación.

Por el contrario, el nacionalismo posterior a 1930 impugnará, principalmente, los rumbos que la historia argentina había tomado a partir de la caída de Rosas en 1852, que significará, desde su perspectiva, la pérdida de la independencia y la sumisión a los dictados de Gran Bretaña. A partir de esta certeza originaria, se desarrollará una interpretación de la historia argentina que invertía los términos de la explicación historiográfica liberal del siglo XIX. No estamos afirmando que los historiadores *revisionistas* (como se llamaron a sí mismos) hayan sido los primeros en cuestionar la figura que la historiografía más tradicional había hecho de Rosas. De hecho, los primeros en hacerlo fueron algunos historiadores liberales, como por ejemplo J. A. Saldías en la *Historia de la Confederación Argentina*⁴.

Rosas había sido uno de los principales objetos de la curiosidad de los historiadores académicos antes de 1930. Si tomamos el poema de Jorge Luis Borges titulado “Rosas”, y publicado en 1922 en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*⁵, comprenderemos mejor el carácter de esta valoración cambiante que se tiene de Rosas, la distancia que empieza a tomarse frente a su figura en busca de una valoración más equilibrada. Su última estrofa dice:

“El mar, ahora, es una separación caudalosa
entre sus restos y la patria,
ya toda vida, por humilde que sea,
puede pisar su nada y su noche.
Ya Dios lo habrá olvidado
y es menos una injuria que una piedad
demorar su infinita disolución
con limosnas de odio.”

4. Editada por primera vez en París en 1881 en la Imprenta Nueva.

5. Citamos según la reedición de 1969 publicada en Buenos Aires por Emecé Editores.

El poema expresa que ya no se puede seguir odiando a Rosas debido a que éste forma parte de las luchas para el establecimiento de un Estado en Argentina, etapa que en la década del '20 estaba hacía tiempo definitivamente clausurada. Borges no realiza la reivindicación de esa figura, sino que afirma que, al igual que el mar que separaba la Argentina de los restos de Rosas en Southampton, el tiempo transcurrido desde su caída permitía una consideración más calma que la condena masiva y ritualizada, debido a que era ya historia y nada más. Seguir odiando a Rosas, seguir presentando su larga autocracia nada más que como una aberración y desvío de un rumbo que era originalmente bueno ya desde las luchas de la emancipación (como se hacía sobre en los libros de texto de la enseñanza primaria) le daba a Rosas una actualidad que Borges creía que ya había perdido⁶.

La novedad que desarrolla la interpretación revisionista no será la de indagar la figura de Rosas como tal –es decir, la prosecución de labor académica ya iniciada por los historiadores liberales–, sino la de presentarlo como un modelo político para la hora. Así, el revisionismo era un proyecto ligado desde su inicio a una apología de aquella figura. De ser el caso anormal a explicar, Rosas se convierte en el modelo de virtudes patrióticas. El resultado es, como no podía ser de otra manera, la negación en bloque de la historia argentina transcurrida entre 1852 y 1930. Los revisionistas intentarán construir un nuevo panteón de héroes, con Rosas en el lugar central, mientras que Sarmiento y Mitre (especialmente este último) pasarán a ser cada vez más discutidos primero, y execrados después⁷.

El intento de reescribir la historia argentina se entrelazará rápidamente con otra idea, destinada a tener una larga fortuna en la cultura argentina: la de las *dos Argentinas*. La imagen remitía al *país visible* y al *país invisible*. Este último

6. También Saldías encontraba que Rosas estaba ya lejano en el tiempo y declaraba, como resultado de su obra, cuáles eran a su juicio los peligros reales que enfrentaba Argentina: "Yo me he contraído a estudiar un cuerpo social y un hombre. He hecho la autopsia del primero para tratar de descubrir la naturaleza del engendro que es Rosas. Esto me ha parecido más serio que lapidar a Rosas sin fruto para nadie, si no es para los que han querido acreditar con esto su odio a la tiranía y su amor a la libertad y de la mixtificación más o menos odiosa del régimen representativo. El tirano es entonces o un poder ejecutivo absorbente, o un parlamento cómplice o no de éste, pero salido de quicio, o el primero que a ambos suplante con la fuerza, siempre fácil de emplearse contra un pueblo que no existe como fuerza cívica gobernante. La República Argentina está muy lejos de haber salvado este peligro, a pesar de que hace más de cuarenta años que se viene pregando el horror a Rosas y a la tiranía de Rosas". (Saldías, 1968, tomo 3, pág. 381).

7. Tal como afirma Halperin Donghi, el primer revisionismo sólo produjo investigaciones históricas dirigidas a cambiar la valoración existente de Rosas. En sus escritos, no pasan del año 1852 y su rechazo de la historia posterior no está fundado en un trabajo concreto de investigación de ese período, sino que la presentan como la negación de las virtudes conquistadas en la época de Rosas, cfr. nota 8.

era el que se entendía como verdadero. Esta idea está tematizada por primera vez en la obra *Historia de una pasión argentina*, de E. Mallea, publicada en 1937. La búsqueda de la Argentina verdadera, esencial, que se encontraría oculta por debajo de la *Argentina oficial*, es el periplo que Mallea invita a realizar al lector. Mallea lleva a cabo un tipo de ensayística que intenta aprehender, a partir de una pura inspección ocular del paisaje, lo que considera detalles característicos de una realidad social. El resultado al que arriba es una especie de “esencialismo”, típico de la escritura ensayística previa a la formación de las ciencias sociales. Tal forma del ensayo no fue obviamente una creación original de nuestro autor, sino la imitación de una modalidad que tenía en Europa diversos cultores, pero que en Argentina está ligada de manera inseparable a Ortega y Gasset⁸. Por razones de espacio no podemos dar cuenta aquí del inmenso impacto que tiene la obra de Ortega en Argentina⁹. Solamente podemos referir como un modelo típico de esta escritura orteguiana, no sólo los ensayos de *El Espectador en general*, sino también especialmente “Intimidaciones”, dedicado a Argentina y fechado en septiembre de 1929.

Más allá de si el libro de Mallea es una obra efectivamente lograda o no (más bien se podría decir que su estilo solemne es de algún modo lo que disimula su pobreza de fondo), a los fines de nuestro tema nos interesa señalar dos cosas. En primer lugar, el entrecruzamiento del ideograma de una historia “verdadera” –que había sido ocultada por la historiografía “oficial”, es decir, una historiografía que es, ella también, producto de aquel país que los liberales construyeron, y cuya única función, por lo tanto, puede ser la de justificar pero jamás la de esclarecer el pasado–, con el de una realidad esencial a la que se tiene acceso una vez que quien quiera acceder a ella ha abandonado las ideas y los prejuicios típicos de la Argentina visible, es decir, *oficial*.

En segundo lugar –y creemos que ello es altamente significativo–, el origen de estas impugnaciones tanto a la sociedad que el liberalismo decimonónico había construido como a la explicación que había dado de su pasado, proviene del núcleo mismo del liberalismo. Los principales historiadores revisionistas, los her-

8. También se debería nombrar, entre otros visitantes cultores del ensayo “intuicionista” que en ese momento logran un impacto muy significativo en la cultura argentina, a Eugenio D’Ors, quien visita el país en 1919, y al conde de Keyserling, difundido a través de las páginas de la *Revista de Occidente*, quien visitó Buenos Aires en 1928.

9. Ortega visitó tres veces Argentina. En 1916 logra el gran impacto sobre la intelectualidad argentina. Permanece siete meses, ejerciendo la docencia y realizando una intensa actividad de conferenciante. Regresa en 1928, en la cima de su prestigio. La tercera no fue una visita sino un intento de establecimiento, y se produjo desde 1939 hasta 1942. Cfr. Tzvi Medin, 1994.

manos Julio y Rodolfo Irazusta, si bien no descienden de manera lineal del liberalismo, tampoco son ajenos a él, ni siquiera cuando rompen ideológicamente con tal doctrina. El modelo político para Julio Irazusta será siempre la derecha francesa, y sus rechazos se dirigen más hacia las ideas democráticas que hacia las liberales.

El caso de Mallea es aún más esclarecedor al respecto. No debe pensarse que se trata de un nacionalista, sino más bien todo lo contrario, en tanto era una de las principales figuras del comité de redacción de *Sur*, y sostuvo durante toda su vida el liberalismo conservador defendido por el diario de la familia Mitre, *La Nación*, del cual fue una de sus principales figuras culturales.

Todo ello nos habla acerca del impacto cultural que tuvo la crisis del '30 en Argentina. En la obra de numerosos intelectuales aparece de modo cada vez más recurrente el diagnóstico pesimista acerca del país. La obra de E. Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* es un ejemplo paradigmático, pero de ninguna manera el único, de este malestar que se percibe en la cultura y la realidad argentina. La literatura que fustiga la "herencia moral" recibida de la colonización española tiene una larga tradición en la cultura argentina, y también latinoamericana, como lo puso de manifiesto C. Real de Azúa en su artículo "Los males latinoamericanos y su clave". Pero a diferencia de la ensayística positivista —que aun en los casos en los que ese diagnóstico se extremaba hasta el biologismo condenatorio de todo el pueblo, aparece siempre algún tipo de solución, como por ejemplo, el trasplante inmigratorio europeo "ya que la civilización prende de gajo", como afirmaba Juan Bautista Alberdi—, en los autores antes citados desaparece cualquier tipo de solución. Y esto a pesar de que el narrador de *Historia de una pasión argentina* llega efectivamente a conocer la "Argentina real", lo que le permite ver con nuevos ojos la realidad ya conocida; la otra Argentina permanecerá oculta. El surgimiento del peronismo será rápidamente interpretado —tanto a favor como en contra— en esta clave de la emergencia de fuerzas ocultas, e incluso invisibles, que intempestivamente irrumpen en el escenario social y que por el hecho de haber estado ocultas revelaban mejor que nadie la verdadera naturaleza de la sociedad argentina.

La crisis del '30 tiene como resultado un cambio en la idea de nación en Argentina. La antigua concepción liberal ponía el acento en el futuro; es decir, si bien reconocía la existencia de una cultura específicamente argentina, la realización completa de la nacionalidad era una tarea pendiente para la sociedad. Esta debía asimilar el impacto migratorio principalmente europeo, y, a partir de allí, el logro de aquella nueva nacionalidad. Esta concepción entra en una crisis profunda desde la década del '30. La imposibilidad de encontrar un nuevo lugar dentro del mercado internacional y una relación sustitutiva al desplazamiento de

Gran Bretaña como metrópolis comercial trajo aparejada la conciencia, cada vez más fuerte, de la necesidad para Argentina de recorrer un nuevo camino. Debido a los drásticos cambios surgidos en el mercado internacional, tal camino estaba completamente cerrado para la vieja idea de nación liberal.

Este es el punto de partida de la nueva idea de nación predominante. La Argentina anterior a 1930 era vista como un proyecto fracasado y, frente a ella, el país anterior a 1852 –es decir, el país de Rosas– es ahora interpretado como una reafirmación de principios soberanos y como la voluntad de construir una nación independiente de cualquier dominación extranjera. Esta reivindicación nacionalista no es de ninguna manera ajena a las corrientes ideológicas de extrema derecha que arreciaban en Europa por esos años, pero algunos de sus tópicos se remontan a la década del '10, especialmente la exaltación de la figura del gaucho como símbolo de la nacionalidad frente al inmigrante extranjero. A pesar de la supuesta contradicción, a tal reivindicación iba siempre ligado cierto aristocratismo¹⁰.

El nacionalismo es, en cierto modo, una paradoja en la política argentina, porque si bien todos sus proyectos políticos fracasaron completamente, al mismo tiempo sus ideas lograron lentamente penetrar el sentido común y contribuyeron de manera importante a establecer una valoración del pasado argentino que se volverá predominante luego de la caída del peronismo. No nos proponemos aquí un análisis de la producción historiográfica revisionista, que, por lo demás ya fue realizado por Halperin Donghi (1971 y 1984), sino retomar lo anunciado al principio de este artículo: las consecuencias todavía presentes en la cultura argentina que el entrecruzamiento de los dos ideogramas antes nombrados produjo.

De esa valoración del pasado nos interesa uno de sus motivos de mayor perdurabilidad: el populismo. Una vez caído el peronismo, sus enemigos lo identificaron con la autocracia de Rosas, brindando así un motivo al movimiento pe-

10. El primero en realizar esta operación es Leopoldo Lugones en las conferencias sobre el Martín Fierro que dio durante 1913 (al respecto, cfr. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, 1983). No obstante, esa mezcla de ataque a la "oligarquía", unido a la reivindicación de criollo viejo, se encuentra numerosas veces en los revisionistas. Un ejemplo de ello nos lo da E. Palacio en el prólogo a su *Historia de la Argentina*. Allí afirma que uno de los motivos que lo llevaron a escribir historia es "...cierto espíritu de desquite. Pertenezco, en efecto, a una raza calumniada. Cuando hace más de cuatrocientos años vivía en el territorio que es hoy nuestra patria apenas un puñado de blancos españoles –menos de un centenar–, ya había entre ellos gente de mi sangre. [...] Soy por consiguiente un viejo argentino; es decir, una víctima de la oligarquía que proclamó la superioridad del extranjero sobre el criollo y del hijo del inmigrante sobre los descendientes de los conquistadores. No es de extrañar mi escasa simpatía por Sarmiento y Alberdi, con quienes tengo esa cuenta pendiente de carácter personal". (E. Palacio, 1954, tomo 1, pág. XIII).

ronista para encontrar en la historia argentina su propia genealogía. El nacionalismo, que nunca había podido concretar sus proyectos políticos, se veía motorizado ahora por un movimiento político en cuya gestación no había participado, y al que algunos de sus miembros veía con cierta desconfianza. Ese rasgo fue señalado –y con razón–, por los ensayistas que tomaban los motivos ideológicos del revisionismo durante la década del '60¹¹, como un insuperable síntoma del elitismo de los antiguos nacionalistas. Se llegaba así a la inversión completa en la valoración de lo que se acostumbraba llamar la *historia oficial*.

Los caudillos populares de las guerras civiles posteriores a la guerra de independencia pasaban a tener ahora un lugar tan importante o más que el de Rosas en el nuevo panteón propuesto, porque exaltaban lo que la tradición ideológica argentina, desde el *Facundo* de Sarmiento, había identificado como la “barbarie”. Se quería rescatar en ellos lo que el país construido a partir de 1852 había negado y perseguido, una vez conseguida la definitiva unificación estatal.

Las diversas peripecias de la política argentina desde 1976 hasta la actualidad fueron debilitando algunas de esas convicciones, que se habían vuelto sentido común. Sin embargo, la convicción acerca del carácter ideológico y de ocultación planificado de la propia historia argentina parece tener una inagotable vitalidad. Tal idea encontró una consagración en los medios a través de la única película argentina que fue premiada con un Oscar¹², y que se llamaba, precisamente, *La historia oficial*. El título hacía alusión a las explicaciones con que el gobierno militar justificaba su cruel represión (y que gran parte de la población no parecía encontrar dudosas), jugando con esta concepción ya vuelta sentido común acerca de la ocultación sistemática de la historia en que habrían vivido siempre los argentinos. Por si quedaba alguna duda al respecto, el argumento, que ubicaba la acción en el último año del gobierno militar, presentaba a una profesora de historia de escuela secundaria que al principio de la película cree en la historia oficial –es decir, en la versión canónica de la historiografía liberal–, y a la que distintos hechos le irán revelando el carácter radicalmente falso de lo que toma por real y verdadero.

Sin embargo, la película no postulaba como resultado final una verdad efectivamente alcanzada. En la última escena, la protagonista se une a las Abuelas de

11. El más destacado de ellos fue A. Jauretche, antiguo miembro de FORJA (agrupación radical que apoya al naciente peronismo en 1945) y autor de numerosas obras en los años posteriores a la caída de Perón (en 1955), entre las cuales se cuentan *El medio pelo en la sociedad argentina*, *Manual de zonceras argentinas*, *El plan Prebisch o el retorno al coloniaje*, *Política nacional y revisionismo histórico*.

12. Lo que obviamente no nos dice nada acerca de sus méritos intrínsecos (que eran bastante escasos).

Plaza de Mayo en su reclamo por el paradero y la restitución de los niños secuestrados por los militares y entregados a familias "confiables". La idea de fondo que animaba el argumento era, entonces, más que la denuncia de lo acontecido durante la dictadura militar, la convicción de que *toda* la historia argentina era falsa y que, como suele decirse corrientemente, *no nos cuentan la verdadera historia*.

Es difícil comprender la persistencia de ese mito si atendemos a la elaboración de manuales de historia argentina para la educación básica. Varios manuales, ya desde fines de la década del '60, tenían puntos de vista que simpatizaban con el revisionismo, y desde el restablecimiento de la democracia numerosos historiadores pertenecientes al campo académico han participado en la redacción de nuevos textos más actualizados. En otros términos, a diferencia de la versión canónica del pasado que se daba en las escuelas hasta principios de la década del '70, no es a la historia que efectivamente hoy se enseña a la que pueda acusarse de sostener una versión del pasado dirigida a la ocultación.

Pero la escena final de *La historia oficial* nos da la clave acerca de qué es lo que persiste. El hecho de que la película no sacara a la luz la verdad que postula como oculta es lo que ha perdurado de aquella convicción: en efecto, ella es ahora, en sí misma, completamente vacía. No se postula a Rosas o a los caudillos o a algún otro personaje histórico como necesitado de reivindicación y reconocimiento póstumo; sólo persiste la sospecha en sí misma, la voluntad de rechazo hacia lo que institucionalmente es presentado como historia argentina, más allá de cuáles sean los contenidos concretos que se enseñen. Ello nos muestra un rasgo paradójico en la actual idea de nación que existe en Argentina: si toda idea de nación remite a un pasado al que los miembros del grupo consideran como propio, nos encontramos frente a una comunidad que supuestamente quiere conocer su pasado pero que rechaza cualquier versión de él por considerarla instrumentalizada.

El odio a Rosas formaba parte de los mitos fundadores del nuevo Estado surgido entre 1853 y 1861. La crisis que afectó a esa versión del pasado fue terminal en la década del '60. Las versiones alternativas fueron efímeras, pero el resultado de la crisis fue la imposibilidad de alejar la sospecha acerca del intento de explicación del pasado argentino. Paradójicamente, ello no ha llevado a una mengua del nacionalismo difuso en la política argentina, sino que fue el desenlace de la guerra de Malvinas el que nos reveló a los argentinos el verdadero lugar de nuestro país en el mundo, y nos obligó a dejar de cerrarnos sobre nosotros mismos.

Asimismo, la valoración de la figura de Rosas sufrió un cambio importante luego de que el terrorismo de Estado se abatiera sobre la sociedad. Como ya lo ha señalado Halperin Donghi, el presente transformó el pasado. El único término de comparación con el horror de la última dictadura militar que tenía la memoria

colectiva era, precisamente, el terror cuidadosamente planificado desde el Estado durante la época de Rosas (Halperin Donghi, 1987). En la imagen de Rosas pasó a un plano secundario la defensa de la soberanía nacional frente a las ambiciones de las potencias europeas, y ocupó un lugar central la valoración tradicional de su figura, que volvía a ser evocada como paradigma de un orden arbitrario y asesino¹³.

Sin embargo, la valoración de Rosas como héroe positivo encontró un nuevo impulso con la repatriación de sus restos desde Inglaterra (antigua aspiración de los nacionalistas), ordenada por el presidente Menem, y la inclusión de su efigie en un billete. La indiferencia con que fueron recibidas ambas iniciativas (enmarcadas dentro de un proyecto más vasto de “reconciliación nacional”, dirigido principalmente a legitimar el indulto a los comandantes condenados de las juntas militares) mostraba que la vieja disputa ya había sido saldada. Aquella “infinita disolución” que pedía Borges en 1922 parecía estar realizándose. La estabilización de un orden constitucional –es decir, liberal– y la apertura completa de la economía para no perder el tren de la globalización, así como la resolución de los conflictos fronterizos con Chile y la asociación con el rival secular (Brasil), volvían cada vez más nebuloso el repudio al país anterior a 1930, que, como dijimos más arriba, fue casi una invariante de toda la política argentina posterior a esa fecha.

El hecho de que estas iniciativas (algunas ya en parte realizadas por el anterior gobierno radical, pero que encontraron continuidad en el gobierno de Menem) sean motorizadas por el partido peronista, que era el heredero y difusor principal del nacionalismo antes nombrado, deja ver que el impulso de las transformaciones es externo y que no queda más remedio que subirse a él. ¿Significa ello, como postula Halperin Donghi (1994), la agonía de la Argentina peronista? Algunos episodios parecerían disparar cuestiones latentes. La indignación que a muchos argentinos les provocaba la filmación de la película *Evita*, en la que se quería ver exclusivamente un intento de mancillar su figura (para colmo, ¡dirigida por un inglés!) revitalizó rápidamente la visión conspiradora que la sociedad argentina tiene sobre su relación con el resto del mundo. Lo más notable de todo ello fue que si hubo algún debate fue sobre la película, y no sobre la figura de Eva Perón, la que fue, por otra parte, masiva y velozmente celebrada, como si, al igual que con el caso de Rosas, su entrada al panteón fuera en silencio.

13. Una vez más, es el cine el que nos da la clave de este cambio en las ideas. El gran éxito de taquilla durante 1984 fue la película *Camila*, melodrama basado en la ejecución de Camila O’Gorman (de quien se sabía que estaba embarazada cuando fue ajusticiada) y del sacerdote Ladislao Gutiérrez, ordenada por Rosas como castigo por haberse escapado para vivir juntos.

En otros términos, la sociedad parecería asentir en que nuevas figuras lo pueblen, pero, sin poder establecer algún tipo de relación normal con su pasado, prefiere no discutir demasiado sobre el asunto. La sociedad acepta los nuevos lugares comunes, ahora ofrecidos desde los medios de comunicación, y curiosamente motivados por una producción de Hollywood, pero no por un debate provocado por las políticas liberales del gobierno peronista, que eran contradictorias con todo lo que su identidad política significaba. Se revela así la pérdida de significación política de ambas figuras, su transformación en íconos a ser venerados, pero que en realidad están siendo olvidados, puesto que ya no son actuales los valores y las ideas a los que ellos efectivamente remiten, mientras fueron objeto de debates reales y enconados.

No obstante, aquella sospecha siempre latente frente a cualquier historia "oficial" no aparece en los dos casos antes nombrados, frente a los que se acepta cualquier convencionalismo. En realidad, tampoco son reivindicados como tales, sino estilizados en dos o tres tópicos no significativos respecto de sus figuras reales. Sin embargo, aun en la exigüidad de su ritualización, traslucen como positivo un modelo político escasamente democrático, ligado exclusivamente al carisma, y en el que "el pueblo" –entidad puramente pasiva y sujeta a un orden heterónomo– recibe los favores que aquéllos conceden graciosamente¹⁴.

Nos parece que aquello que constituye un rasgo diferencial de la cultura argentina –y, por lo tanto, de la idea de nación subyacente–, en relación con la de otros países latinoamericanos, es esta combinación de dos actitudes dispares y aparentemente opuestas (aunque ambas unidas por el inextinguible populismo argentino¹⁵): sospecha generalizada y celebración instantánea, hoy presentes en lo que podríamos llamar con alguna licencia el "sentido común político". Creemos que sus consecuencias son la deshistorización de la sociedad, la impotencia para relacionarse con cualquier tipo de pasado histórico y la "reconciliación" realizada por decreto. Es decir, pacificación de los espíritus y extinción de las disputas no por haber arribado a un acuerdo, sino porque no se quiere ver que el pasado ar-

14. La instalación de Eva Perón en el panteón nacional provocó una revalorización de la figura de su esposo, quien entra en un cierto cono de sombras como un frío manipulador y hasta un poco cobarde, frente a Evita, pura pasión, coraje y entrega. Es, una vez más, el cine argentino, esa inagotable fuente de lugares comunes, quien corporiza esa visión en la película *Eva Perón* (estrenada en 1996), la que, justo es decirlo, no fue realizada para "responder" a la superproducción hollywoodense (era un proyecto que se remontaba ya a 1993) y que, precisamente por esa razón, expresa el tópico de manera más representativa que si hubiera sido "la verdadera historia" frente a la "manipulación" del cine norteamericano.

15. La revista *Punto de vista* realiza en su último número (58, agosto de 1997), un apasionado y esclarecedor examen acerca de los significados del populismo argentino.

gentino –sobre todo el período posterior a 1930– entrega una imagen muy distante de la concordia, y todo aquello que evoque el conflicto debe ser callado.

Pero este silencio no se debe solamente a la despolitización impulsada desde el gobierno, sino también a un cierto cansancio de la misma sociedad, que luego de las hiperinflaciones de 1989 se ha resignado a que lo posible tiene hoy en Argentina límites muy estrechos. Quizás por ello es todavía más notable la supervivencia del fenómeno que tratamos: la sospecha frente a la historia y la exigencia permanente de desmitificar el panteón.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz (1983) *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel.
- HALPERIN DONGHI, T. (1971) *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- HALPERIN DONGHI, T. (1984) “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en *Alternativas*, número especial, Santiago de Chile.
- HALPERIN DONGHI, T. (1987) “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”, en D. Balderston, David William Foster y otros, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires, Alianza.
- HALPERIN DONGHI, T. (1994) *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires, Ariel.
- HALPERIN DONGHI, T. (1996) *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo Por Asalto.
- PALACIO, E. (1954) *Historia de la Argentina 1515-1957*. Buenos Aires, A. Peña Lillo editor.
- SALDIAS, J. A. (1968) *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires, Eudeba.
- TERAN, O. (1986 a) *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires, Alianza.
- TERAN, O. (1986 b) *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogos.
- TERAN, O. (1987) *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires, Puntosur.
- TZVI MEDIN (1994) *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica.